de hecho se forma, un argumento de buena crítica, cuando concurran, primero, la unanimidad en el punto dogmático tradicional; segundo, el juicio de la Iglesia.

Dijimos que los herejes son tambien órgano de la tradicion; pero es necesario explicarnos.

Ellos suministran á la doctrina, y por lo mismo á la tradicion dogmática, un doble testimonio; el de los puntos dogmáticos que conservan, y el de los puntos controvertidos en que son condenados por la Iglesia. En cuanto á los primeros, su testimonio es positivo, en cuanto la Iglesia enseña la misma doctrina; en lo segundo, su testimonio, aunque negativo en sí, prueba que la Iglesia profesaba los dogmas combatidos por ellos, y esto basta para que, aun en este sentido, den un testimonio á la tradicion dogmática.

La historia eclesiástica, como es un depósito de todos los hechos pertenecientes á la religion y á la Iglesia, encierra todas las tradiciones, desde su institucion hasta nuestros dias. Esta nos manifiesta el orígen, establecimiento y propagacion de la Iglesia: pone á nuestra vista la serie de los Sumos Pontífices y obispos católicos, refiere la disciplina, la práctica, los ritos y la fe de la Iglesia en todos los siglos: narra el orígen de todas las sectas y el término de muchas de ellas: menciona los hechos mas notables de los varones eminentes por su santidad, dando así toda la luz necesaria para que se vea la singular providencia de Dios en la conservacion de la Iglesia. Si pues se hace con buena crítica el estudio de la historia eclesiástica, él solo basta para reconocer la tradicion dogmática, puesto que aquella debe considerarse como un centro á donde concurren todos los otros medios generales que hemos venido mencionando.

No es de nuestro propósito exponer estas reglas de crítica que ya suponemos conocidas y aplicadas por el estudioso que quiera imponerse de la tradicion, ni ménos cuando este libro se dirige, no tanto á los sabios, cuanto á los que únicamente deseen simples noticias para ilustrar su estudio de los dogmas sobre la basa de su creencia y la autoridad infalible de la Iglesia católica.

---



## CAPITULO XIV.

### DE LA RAZON CONSIDERADA EN SUS RELACIONES CON LA CREENCIA.

Algunos han pretendido encontrar entre la razon y la fe dos potencias rivales que se hacen una recíproca guerra, y el empeño que en sostenerlo han tomado los impíos, principalmente en los dos últimos siglos, ha causado no pocos estragos en la religion y en la moral. He aquí la razon por qué siempre, pero mui principalmente hoi, han considerado los teólogos católicos como un punto de la mayor importancia la analogía entre una y otra, ya para dejar bien establecidos los principios fundamentales de la ciencia, ya tambien para garantir la creencia contra los repetidos embates de la incrédula filosofía. No será, por lo mismo, fuera de propósito el consagrar en nuestro libro un capítulo á tan importante materia.

Dejamos ya en otras obras y en algunos lugares de ésta bien definidos el convencimiento y la creencia, la razon y la fe; lo que nos excusa de detenernos aquí á dar sobre estas ideas las razones preliminares.

No es nueva esta lucha en la controversia religiosa: ya desde el establecimiento del cristianismo se dejaron ver sus elementos, y aun sus formas confusas, entre los dos pueblos á quienes el Evangelio fué predicado, y que entrambos representaban á toda la humanidad; el pueblo judío y el pueblo gentil. Este, mui ufano con su filosofía racionalista, se jactaba de haber obtenido la fe como una recompensa de sus trabajos intelectuales; aquel, alzándose como soberano de la verdad revelada, por ser el depositario de los libros y tradiciones que la contenian, veía con insolente desprecio á los gentiles, y no daba la menor importancia al poder de la razon.

Esta era ya en el pueblo cristiano una semilla de division que alarmó el zelo y la caridad del Apóstol, y por lo mismo, consagró su pluma principalmente á conjurar en su principio el terrible cisma que se anunciaba. "Principió llamando á los dos partidos por igual, tanto á los judíos como á los gentiles, manifestando á todos que las ventajas de que se envanecian, no servian de otra cosa que de constituirlos mas culpables. Recuerda á los gentiles la timidez de sus filósofos, que habian retenido cautiva la verdad, pues que habiendo conocido á Dios por sus obras, no le habian honrado y servido, segun les dictase su conciencia; de modo, que en castigo de su orgullo, Dios los habia abandonado al desarreglo de su cora-

zon, y entregados al desvarío de sus pensamientos se habian sumido en la idolatría y aun en toda la corrupcion de los vicios mas infames, y en la mas monstruosa prostitucion. Recuerda á los judíos el abuso que habian hecho de las gracias y luces que Dios les habia concedido: les reprende porque violan la lei de que hacen tanto alarde, y cometen los mismos crímenes que condenan en los paganos. De todo concluye, que estando envueltos igualmente en el pecado los judíos y los gentiles, todos sin distincion alguna tenian necesidad de la gracia de Dios para ser *gratuitamente* justificados por medio de su fe en Jesucristo. Porque la fe es el principio de la justificacion; y Dios la concede sin tener en consideracion las obras precedentes: de otra manera seria una recompensa y no una gracia. Los judíos no tienen motivo para engrandecerse por la práctica de su lei, que en sí misma es impotente para producir la justificacion, y no tiene mas valor que el que le da la fe: así como los gentiles, léjos de tomar el empeño de despreciar á los judíos, debian contenerse, considerando lo que habia sucedido á aquella nacion, y temiendo sufrir el mismo castigo, así como les habian sustituido en el llamamiento. Por último, el Apóstol alaba aquí las disposiciones de la Providencia respecto de los primeros, declarando que á la conclusion de los tiempos todos se convertirán, es decir, cuando todos los predestinados de las naciones hayan entrado en la Iglesia." [1]

Mas tarde, esta lucha se renovó bajo diferentes formas, y no fuera difícil hallar en sus elementos primitivos el por qué de las herejías y de los sistemas filosóficos que han tendido á erigir el edificio de la moral sobre las ruinas de la religion y de la creencia. Largo seria enumerar y clasificar estos diferentes sistemas: basta decir que ellos parten de ciertos puntos capitales; unos quieren exclusivamente la razon: he aquí la escuela racionalista en su carácter elemental: otros excluyen enteramente la razon; y esta escuela, á que le podriamos dar el nombre de sobrenaturalista, es rigurosamente heterodoxa: otros reconocen á la razon y la fe, como un doble elemento de verdad y de conducta con que Dios ha querido agraciar al hombre, y que deben andar juntas en sus respectivas localidades y con la debida subordinacion, para que el hombre toque sus destinos y la sociedad progrese á la perfeccion en un sentido moral: he aquí la escuela católica. Esta, que abraza en sus principios y controversias la filosofía, la moral, la religion, la Iglesia, la sociedad, &c., siempre ha estado en atalaya contra los errores para combatirlos; pero de medio siglo á esta parte parece ocupada exclusivamente en demostrar la concordia entre la creencia y la conviccion, entre la razon y la fe; así como tambien la necesidad estrecha de que concurran en la doctrina para su mejor inteligencia y mas fecundas aplicaciones.

1 *Receveur.* Historia de la Iglesia. Tom. 1.°, lib. 1.°, pág. 91.



Nosotros tambien, como ya lo indicamos, hemos escrito un opúsculo especialmente para demostrar estas verdades; y por lo mismo, remitiéndonos á él en materia de aplicaciones, nos limitarémos á exponer ciertas observaciones y reglas generales en la materia.

## §. I.

*La razon humana puede conocer con toda certidumbre, sin el concurso de la revelacion, muchas verdades del órden natural que pueden ser consideradas como los preliminares de la fe.*

Como esta verdad se demuestra contra la escuela sobrenaturalista, sus argumentos deben ser rigurosamente dogmáticos, esto es, deben estribar en la autoridad.

Santo Tomás llama preámbulos de la fe á las siguientes verdades: Existencia de Dios, espiritualidad é inmortalidad del alma; y reconoce, así como todos los teólogos católicos, que estas y otras verdades semejantes pueden ser, y son de facto, conocidas por solo la luz natural.

En el cap. XIII, ℣ 1.° de la Sabiduría, se lee lo siguiente: "Vanidad son ciertamente todos los hombres en quienes no se halle la ciencia de Dios; y que por los bienes visibles no llegaron á entender al Ser Supremo; ni considerando las obras, reconocieron al artífice de ellas..... Pues de la grandeza y hermosura de las creaturas se puede venir al conocimiento claro de su Creador."

El Apóstol San Pablo, en el cap. I, ℣ 20 de su Epístola á los romanos, se explica en estos términos: "Las perfecciones invisibles de Dios, aun su eterno poder y divinidad, se han hecho visibles despues de la creacion del mundo, por el conocimiento que de ellas nos dan sus creaturas; y así, tales hombres (habla de los que, abusando de su razon, no la han aprovechado para el conocimiento y adoracion del verdadero Dios) no tienen disculpa. Porque habiendo conocido á Dios no le glorifican como á Dios..... Pues apellidándose sabios, vinieron á parar en ser unos necios."

Los Padres de la Iglesia, consecuentes con la doctrina de

la Escritura, enseñan la misma verdad. Tertuliano distingue entre el conocimiento natural de Dios que puede alcanzarse por las creaturas, y el sobrenatural que no se consigue sino mediante una revelacion positiva. "Nosotros, dice, definimos á Dios; primero, cual se le puede conocer por la naturaleza; despues como se le puede reconocer por la doctrina, pues la naturaleza raciocina por las obras; miéntras la doctrina enseña por la predicacion. Urgiendo San Cipriano á un pagano, le estrechaba de esta suerte: "Este es el colmo de tu delito, el no querer conocer al que no puedes ignorar."

Basten las citas que acabamos de hacer de la Escritura y los Padres, para dejar bien demostrada la proposicion que nos ocupa, sin necesidad de aglomerar mas pruebas. Pero no será por demas observar como de paso, que la doctrina precedente tiene un consectario preciso y rigurosamente lógico. ¿Cuál! Que la razon individual, esto es, la razon de cada uno en particular, puede adquirir en las cosas sobredichas una plena certidumbre, no solo sin el concurso de la revelacion, sino aun sin auxilio de la razon de todo el género humano.

En efecto, las autoridades, así de la Santa Escritura como de los Padres arriba citados, fundan este mismo concepto, porque se refieren á las facultades intelectuales de cada uno; y por consiguiente, donde estos existan con los datos exteriores que determinan el juicio, puede este formarse con plena certidumbre sobre muchas verdades que son tambien objeto de la fe.

Este consectario ha venido á ser necesario que se mencione, desde que empezó á figurar en el mundo filosófico una opinion que, envolviéndose bajo mil especiosas apariencias, ha querido persuadir que el sentido comun de todo el género humano es el único criterio de certidumbre, y la regla suprema de lo que se ha de creer. Este sistema, cuyo principal propagador nos parece Lamennais, es á todas luces pernicioso, porque cierra las puertas á toda certidumbre, invierte el órden establecido por Dios para instruir y conservar á los hombres en la fe, y al mismo tiempo intercepta los conductos á la revelacion divina.



## §. II.

*La razon humana puede tener una plena certidumbre de los motivos de credibilidad, y por consiguiente de la existencia de una revelacion divina.*

Hai que distinguir en la revelacion dos cosas, el hecho y su contenido, esto es, la revelacion y la cosa revelada. Los motivos de credibilidad no se extienden por cierto á la segunda; pero ni esto es necesario tampoco para la tranquilidad completa del espíritu. Basta en efecto tener una idea de Dios y saber de cierto que ha revelado tal ó cual cosa, para tener esta por cierta, creerla con seguridad y obrar de conformidad con la creencia. La idea de Dios entraña la de su veracidad infinita: luego basta tener una idea de Dios, para saber con toda certidumbre que no puede engañarse ni engañarnos. Luego en el hecho de saber que una cosa está revelada por Dios, tenemos una certidumbre plena de la verdad revelada, aun cuando sea superior á nuestra inteligencia. Las oscuridades del misterio nada concluyen contra su verdad infalible, supuestos los motivos de credibilidad.

Ahora bien, ya demostramos en el párrafo primero que con solo el buen uso de la razon podemos elevarnos al conocimiento de Dios en el órden natural, y por el conocimiento de sus obras en este órden mismo, tener alguna idea de sus perfecciones infinitas. Es así que estas dos cosas bastan para reunir los motivos de credibilidad á la luz de la evidencia: luego tales motivos pueden ser ciertamente conocidos por solo el uso de la razon.

En efecto, la existencia de Dios estudiada por sola la razon natural se demuestra por el sentido íntimo, la relacion de los sentidos, el testimonio de los hombres y la exacta deduccion; es decir, que hai pruebas metafísicas, físicas, morales y aun históricas á favor de esta verdad cardinal: es así que todas estas pruebas son del dominio de la razon; luego ella en primer lugar puede llegar á la mas completa certidumbre acerca de la existencia y veracidad infinita de Dios.

Pasemos adelante. Hai hechos que pueden conocerse naturalmente, pero no pueden explicarse naturalmente: porque, si bien la naturaleza basta para presentarlos, la razon desentraña en el fondo mismo de ellos un poder superior á la naturaleza, un poder verdaderamente divino. Luego cuando tales hechos concurren á probar la revelacion, ellos constituyen por sí mismos los motivos de credibilidad; y como

son inaccesibles para comprenderse, y fundan la deduccion de su orígen divino; hemos dicho que la razon humana puede por sí sola llegar á la certidumbre de los motivos de la revelacion.

Estos hechos son: primero, los milagros; segundo, las profecías; tercero, el carácter de la doctrina. Los milagros derogan las leyes de la naturaleza: luego solo pueden venir de Dios. Las profecías propiamente dichas denuncian un participio de la prevision infinita: luego no pueden ser obra del hombre. La doctrina reune tales caracteres, que á los ojos de una buena crítica manifiesta que no ha podido ser un parto de la razon. Luego si esta puede por sí misma, sin mas recurso que sus luces naturales, conocer el milagro, conocer la profecía, conocer la doctrina, examinar las tres cosas y asignarles con una lógica estrechísima un orígen infaliblemente divino; claro es, volvemos á decirlo, que ella entraña en sí misma el sublime poder de conquistar la mas plena certidumbre sobre los motivos de credibilidad.

Es una consecuencia de lo expuesto el poder que tiene tambien la razon para conocer con toda certidumbre la existencia de la verdadera Iglesia de Jesucristo: porque ella no separa sus pruebas de las de la religion misma; pues el hecho que nos revela los dogmas, viene tambien á establecer la existencia dogmática y á fijar los caracteres divinos de la Iglesia católica.

## §. III.

*La fe considerada en su naturaleza y principio formal se distingue esencialmente de la ciencia; y por lo mismo, aunque los motivos de credibilidad bastan á la evidencia extrínseca de los objetos de la fe, no por esto pueden constituir por sí mismos un motivo formal de la fe considerada como un acto y virtud.*

Son tan importantes estas verdades, que nos detendrémos un poco en su exposicion para obviar muchas dificultades aparentes con que, por falta de principios fijos, suelen tropezar los incautos.

La ciencia tiene por principio el buen uso de las facultades intelectuales acerca de los objetos de nuestros conocimientos naturales: la fe tiene por principio la gracia de Dios comunicada gratuitamente al hombre. Distínguense pues ambas por la diversidad de su principio. La fe tiene por objeto todas y solas aquellas verdades que han sido reveladas



por Dios de un modo sobrenatural, al paso que la ciencia resulta del conocimiento claro y distinto de las verdades del órden natural que el hombre puede adquirir por sola su inteligencia: distínguense pues entrambas por la diversidad de su objeto. El motivo formal del asenso que prestamos por la fe á los dogmas, es la autoridad divina de Dios que no puede engañarse ni engañarnos: al paso que el asenso relativo á la ciencia, emana de la evidencia intuitiva, ó de la demostracion: distínguense pues entrambas en tercer lugar, por la diversidad del motivo que determina el asenso. Por último, así la ciencia como la fe tienen un fin inmediato que es Dios; pero con esta diferencia, que la ciencia tiende al conocimiento y al amor puramente natural del Ser Supremo; miéntras la fe tiende á la vision beatífica y eterno gozo de Dios como fuente de la verdad y bien infinito: hai pues por último una distincion real entre la ciencia y la fe, atendiendo al fin de una y otra.

Infiérese de lo dicho que la razon humana, por mas que se ilustre en la esfera de la ciencia, nunca puede por sí sola encumbrar el espíritu al rango de la fe. Si la fe tiene por principio la autoridad infalible de Dios y por inmediato fin su vision beatífica y posesion eterna, es claro clarísimo que un acto formal de fe, el hábito de ella como una virtud sobrenatural, no son ni pueden ser nunca obra de la razon; esta podrá rendirse de tal suerte á la evidencia de los motivos de credibilidad y al poder lógico de las consecuencias que la razon deduce del conocimiento natural de Dios, que conozca sin réplica que las verdades dogmáticas pueden y deben ser creidas; pero este conocimiento rigurosamete lógico, no es el conocimiento dogmático, el conocimiento práctico, el tributo libre y al mismo tiempo sumiso de la razon y de la fe.

Síguese de aquí naturalmente, que si es provechoso extender por el ministerio de la razon todos aquellos conocimientos que tienden á ilustrar el espíritu acerca de los principios científicos de la religion cristiana; si es laudable empeñar toda la accion de la ciencia en pro de la verdad revelada, seria ridículo y á todas luces absurdo y necio el pretender la aparicion de la fe como una consecuencia práctica del convencimiento de la razon; y por lo mismo que el principal empeño de todos aquellos que aspiran á la difusion de la fe, debe dirigirse á obtener de Dios la gracia preveniente que dispone al alma para rendirse á la palabra de Dios. Ahora bien, el medio de alcanzar la gracia para todos sus objetos es la oracion recibida, humilde, confiada, constante y fervorosa.

Luego la ciencia no puede por sí misma producir la fe, y en consecuencia es del todo necesario solicitar por la oracion la gracia que predispone, y recibir por los Sacramentos la que necesite; y como en el caso tratamos de la fe y esta se comunica por el bautismo, este viene á ser la institucion radical de la fe divina en el espíritu del hombre.

Mas la gracia de Dios, aunque viene á la naturaleza del hombre para comunicarle el poder divino de profesar los dogmas, y salvarse con la observancia fiel de los preceptos, no por esto mengua, ni mucho ménos destruye, la libertad humana. Esto quiere decir, que el hombre cree por gracia y con libertad: por gracia, pues, como acabamos de ver, sin ella no hai fe divina: con libertad, pues la gracia deja intactas las facultades del alma, y por consiguiente la libertad, que es una de ellas. Al hablar de aquella explanarémos mas estas nociones, pues aquí solo tratamos de anticipar las mas indispensables para la mejor inteligencia de lo que sigue.

## §. IV.

### *La ciencia y la fe pueden tener un objeto comun.*

Esto quiere decir que hai verdades que son al mismo tiempo accesibles á la razon y reveladas por Dios. Ya hemos visto que algunos dogmas católicos pueden ser claramente conocidos por la razon, sin el concurso de la revelacion. Lo que puede ser evidentemente conocido por solo razon, es objeto de la ciencia. Luego muchas de las verdades dogmáticas son objeto de la ciencia; y como en el hecho de ser dogmáticas lo son de la fe, pues todos los dogmas católicos traen consigo el deber de ser creidos por la autoridad divina de Dios que los revela, es claro clarísimo que hai verdades comunes á la ciencia y á la fe.

La existencia de Dios, sus perfecciones infinitas y muchos de sus atributos pueden ser y de hecho han sido evidentemente conocidos por la luz de la razon; y esto es tan palmario, que entre las ciencias filosóficas figura la teología natural, esto es, el conocimiento de Dios y sus atributos, cual se puede adquirir por sola la razon. Lo mismo respectivamente sucede con la espiritualidad é inmortalidad del alma, la posibilidad, necesidad y existencia de la revelacion. Es así que todas estas verdades son al mismo tiempo de fe, como consta del símbolo católico en que profesamos la existencia de Dios, la inmortalidad del alma y la vida eterna: luego es claro clarísimo que la razon y la fe tienen algunas verdades comunes.



Pero debe observarse al propósito que no por esto, ni aun acerca de ellas, la razon puede producir la fe; pues la ciencia determina nuestro asenso por sola la demostracion; miéntras la fe le atrae por la virtud infusa del Espíritu Santo, de suerte que las creeriamos, aun cuando no hubiera ciencia, y le damos un asenso superior á cuanto vemos y entendemos.

Mas qué ¿no deberá condenarse como superflua la razon, ó como innecesaria la fe, pues en el solo hecho de tener ambas un objeto comun, cualquiera de ellas le produce? No: la fe es una condicion indispensable del culto que debemos á Dios, puesto que sin ella nunca podriamos ofrecerle los rendidos tributos de la inteligencia como fuente de verdad, creyendo, por solo su autoridad divina, los dogmas que propone. Así es que en cuanto á la fe no hai cuestion.

Tampoco puede calificarse de superflua la razon, puesto que altos y misteriosos designios están sin duda encubiertos en su capacidad para conocer por sí sola cierto linaje de verdades. Materia es esta fecunda, fuera difícil agotarla; pero al presente nos bastará que hagamos al propósito alguna ligera indicacion.

La verdad divina, aunque distribuida en muchos artículos para acomodarse á nuestra limitacion, es una en su esencia; no es fraccionable: es el ser como existe, el ser dilatado hasta la esfera inmensa de la posibilidad divina: no admite mas, porque es infinita; no puede ser eclipsada en sí misma, porque es la luz de Dios. Habiendo pues Dios hecho al hombre para sí, le dispuso para la verdad: habiendo querido que la disposicion del hombre á la verdad le sirviese como de un camino para elevarse á su Dios, no se contentó con derramar la luz sobre el horizonte de su vida mortal, sino que quiso tambien darle una cierta capacidad para que ya por sí pudiese columbrar un tanto, algo siquiera de los crepúsculos divinos del eterno bien; algo siquiera de aquellas verdades cuya sublime totalidad no viviria entre nosotros, si Dios no la hubiese enviado. La razon por esto mismo entiende algo de lo que es objeto de la fe, para que cuando esta venga encuentre algo suyo en la razon; y cuando esta reciba la otra, vea tambien algo de la fe. Entónces á poco andar, se advierte que la palabra *suyo* no es del hombre ni en lo que ve, ni en lo que cree: que todo es de Dios, y este conocimiento, hijo tambien de la gracia, pues que forma en el alma la sublime abnegacion de las propias luces, dilata por toda la razon el dominio de la fe, y empieza tambien la ra-

zon á meditar por sí, cosas que no conoceria por sí; verificándose de esta suerte que la razon auxiliada de la gracia puede partir de lo conocido á lo desconocido; y tomando el vuelo en la region de la verdad natural, encumbrarle por la divina inspiracion hasta la esfera enteramente inundada en la luz del Verbo. De esta suerte, léjos de hallar cosa innecesaria en la fe ó superflua en la razon, á causa de las cosas que son objeto comun de una y otra, debemos admirar en todo aquella sabiduría infinita con que todo está dispuesto, y aquella bondad suma con que todo está favorecido.

Lo que acabamos de decir pone de bulto á la vista de todo el mundo, que la fe no extingue ni debilita la luz natural de la razon, ni la puede servir de obstáculo bajo ningun aspecto; que léjos de oponerse á su desarrallo y á sus progresos, la presta un auxilio eficaz, la comunica nuevas y nuevas luces, la sostiene en las regiones mas elevadas, la brinda con todo género de armas para combatir en todas partes y en todo sentido á los enemigos de la verdad. No nos extenderémos mas á este propósito; pero sí nos remitirémos, para el caso en que se desee mayor amplitud, á dos de nuestros opúsculos; uno que ya hemos citado varias veces,[1] en que manifestamos que el concurso de la razon con la fe, léjos de presentar alguna dificultad, obvia muchos males, reune muchas ventajas, ha sido en todos tiempos no solo una conviccion dogmática, sino tambien una necesidad filosófica de la ciencia, y mui particularmente en el estado actual de la sociedad: el otro tiene por título: *Los principios de la Iglesia católica comparados con los de las escuelas racionalistas en sus aplicaciones á la enseñanza y educacion secundaria*, en que seguimos el mismo tema, pero aplicado particularmente á otro objeto, que es la educacion.

---

## CAPITULO XV.

### DEL USO Y EL ABUSO DE LA RAZON DESPUES DE LA FE.

Si la razon humana es incapaz de elevarse por sí misma á los conocimientos sobrenaturales que debemos á la revelacion, y á pesar de la evidencia con que puede percibir los motivos de credibilidad, nunca llegaria por cierto á suplir la

1 Exámen filosófico sobre las relaciones del órden natural y el sobrenatural.



fe; sin embargo, cuando de hecho la posee, cuando tiene atesorado en su creencia el gran depósito de los dogmas, entónces se ilustra mas y mas y puede ejercitarse en su estudio, ya examinando los motivos de credibilidad, ya considerando el fundamento de cada uno de los dogmas, ya concatenándolos metódicamente, ya relacionándolos con otras verdades, ya facilitando sus aplicaciones prácticas. He aquí la razon del cristianismo, la razon católica, la razon humana ilustrada por la revelacion, encumbrándose hasta estas contemplaciones sublimes, y dilatando mas su dominio en las verdades naturales por las relaciones que á cada paso descubre entre ellas y las reveladas, y por las nuevas razones que encuentra para servirse de estas en el sistema de la vida.

Ya hemos visto cómo toda la religion y la Iglesia están fundadas en hechos proféticos, milagrosos y santos; pero hechos propiamente dichos, que en clase de tales constituyen el objeto de la historia y son del dominio de la crítica. Bajo este primer punto de vista la razon humana tiene un campo mui vasto que recorrer con sus laboriosas investigaciones, y por lo mismo despues de recibida la fe puede mui bien investigar sus fundamentos ejercitando una buena crítica sobre los hechos fundamentales.

En segundo lugar, donde hai hechos el entendimiento percibe relaciones; y estas, como se ha dicho tantas veces, son el principal objeto de la filosofía. Luego la razon humana puede ejercitarse, no solo cerciorándose de los primeros, sino fecundándose en las segundas, se entiende dentro de los límites que la están asignados por el Autor de la naturaleza. Los hechos y las relaciones bien observadas han sido la rica materia que ha ejercitado en todos tiempos el talento de los apologistas del cristianismo. San Clemente Alejandrino, San Justino, Orígenes, Tertuliano y los demas Padres y doctores apologistas pueden suministrar una prueba práctica de esta verdad. Acaso nunca se ha elevado á mayor altura el ingenio humano que cuando se versa en los dogmas católicos. Allí se ve á la razon tocando á sus dos extremos, el de la mas completa sumision á la fe, y el de la mas gloriosa y sublime libertad de la investigacion. Al considerar esas águilas del cristianismo que han llegado á donde cuarenta siglos atras no habia llegado á penetrar la mirada del hombre, vemos el ciento por uno con que Dios retribuye al ingenio el homenaje de la fe.

Hai mas: las verdades dogmáticas tienen una doble forma en su existencia teológica; la forma de la ciencia y la forma de la creencia. Bajo la segunda muestran su poder en la fir-

me adhesion de los millones de hombres que constituyen el orbe católico: bajo la primera descuellan con majestad entre los mas grandiosos monumentos legados por la razon á la posteridad, presentando los nombres y las obras de los primeros sabios del cristianismo con todos los títulos de primacía que pudiera desear el espíritu humano. Esto quiere decir que la razon puede apoderarse, digámoslo así, de los hechos, las relaciones y todos los documentos que constituyen el fondo de los dogmas, y asociarse con la fe no solo para formar una ciencia, sino tambien para dar con su doctrina el tipo mas bello de la ciencia, de aquella que descansa sobre la doble basa de la razon y la revelacion.

Pero cuan útil es y edificante hacer un buen uso de la razon acerca de los conocimientos que se tienen por la fe, seria, no solo perjudicial, sino absolutamente ruinoso precisar su movimiento mas allá de los límites que le tiene trazados el Autor de la naturaleza y de la gracia. ¿Cuáles son estos abusos? Primero, erigirse en regla de fe: segundo, penetrar en el fondo de los misterios: tercero, sacudir el yugo de la sumision á la autoridad docente: cuarto, aspirar á sustituir con las creaciones del ingenio y las deducciones lógicas la voz de Dios y las reglas de la conciencia. No extenderémos estas verdades, porque son palmarias, tienen sus pruebas en lo que precede y han de recibir adelante nuevas aplicaciones.

---

## CAPITULO XVI.

### ESTUDIO CIENTIFICO DE LOS DOGMAS.—IDEA DE LA TEOLOGIA.

Así como el conjunto de conocimientos adquiridos por sola la razon acerca de Dios llegaron á constituir una ciencia conocida con el nombre de *Teología natural*, del mismo modo todos los dogmas que son objeto exclusivo de la fe, así como aquellos que son objeto comun de esta y la razon, han llegado á formar una ciencia que simplemente se llama *Teología*, porque abraza, tanto los conocimientos naturales, como los sobrenaturales en cuanto han sido comunicados por Dios al hombre mediante la razon, así para ser conocido, como porque se le ame y sirva en esta vida, y se le vea y goce en la vida eterna.

La teología dogmática es una verdadera ciencia, porque es demostrativa en sus principios cardinales extrínsecos, esto



es, en los motivos de credibilidad: es una verdadera ciencia, porque todos los dogmas, como ramificaciones de la verdad, que es una, se hallan íntimamente enlazados; y los mas universales, como la existencia de Dios, la espiritualidad é inmortalidad del alma, tienen tambien una demostracion filosófica, como lo prueba la existencia de la teología natural y de la sicología, cuyos finales objetos vienen á ser la espiritualidad y la inmortalidad del alma: es una verdadera ciencia, porque sus aplicaciones prácticas, conviene á saber, la lei de Dios, es la misma lei natural en toda su plenitud, y la lei natural es objeto de la ciencia, como lo prueba la existencia del Derecho natural y de la Etica, ó ciencia de la conducta: es una verdadera ciencia, porque admitidos aun los dogmas incomprensibles como principios evidentes extrínsecamente, porque su verdad se reconoce sin la menor duda, ellos admiten la accion laboriosa de la lógica, pues sus relaciones íntimas y su fecundidad propia colocan la razon humana en la carrera de las consecuencias dogmáticas pero eminentemente lógicas de la filosofía católica.

La teología es al mismo tiempo especulativa, práctica y ascética, ó lo que es lo mismo, contiene todos los dogmas, todas las leyes y todos los principios y reglas de la conducta moral. Mira, no solo al individuo, sino tambien á la sociedad; y por tanto, abraza especulativa, práctica y ascéticamente todas las relaciones de la humanidad, sin faltar absolutamente ninguna. De aquí se colige, que la teología es, no solo una ciencia, sino la ciencia por excelencia, la ciencia de Dios y del hombre, la ciencia que reasume el objeto final de todos los conocimientos humanos: el mundo físico en la creacion, el mundo intelectual en la concordia de la razon y la revelacion, el mundo moral en la naturaleza y la gracia. Es la ciencia de las ciencias, porque sin ella nada se explica, y con ella se explica todo: es la ciencia de las ciencias, porque á lo ménos implícitamente abraza los objetos de todas: es la ciencia de las ciencias, porque su objeto radical es el conocimiento verdadero, cierto y fecundo de la causa de las causas: es la ciencia mas positiva, por ser la única entre todas que trata del Ser por esencia. Prescíndase de Dios, y el ser desaparece hasta de la idea: cuéntese con Dios, y el ser se comprende en sus ramificaciones infinitas, desde Dios hasta el átomo.

Sin la teología dogmática no hai ciencia completa, dígase lo que se quiera. No se conoce á Dios, sino de una manera mui imperfecta, pues la teología natural apénas le columbra; poco sabe de sus atributos y nada de sus misterios: no

se conoce al hombre, porque sin la historia de su orígen, de que somos deudores exclusivamente á la revelacion, sin conocimiento claro de su destino así como del pecado original, único que explica todas las vicisitudes morales de la especie humana, la ciencia no haria mas que levantar instantánea y fugitivamente algunos débiles meteoros en el tenebroso campo de la investigacion. No se conoceria la sociedad moralmente, porque sin Dios el poder figuraria como una simple induccion del espíritu, la obediencia como una razon de necesidad ó de circunstancias, y los destinos del mundo quedarian vendidos á la sofistería, al interes y á la fuerza: he aquí por qué consideramos la teología como la mas universal, la mas perfecta, la mas positiva, la mas fecunda de todas las ciencias.

"La teología, dice un escritor contemporáneo, por lo mismo que es la ciencia de Dios, es el oceano que contiene y abraza todas las ciencias, así como Dios es el Oceano que contiene y abraza todas las cosas."

"Todas ellas estuvieron ántes de que fueran, y están despues de creadas, en el entendimiento divino, porque si Dios las hizo de la nada, las ajustó á un molde que está en él enteramente. Todas están allí por aquella altísima manera con que están los efectos en sus causas, las consecuencias en sus principios, los reflejos en la luz, las formas en sus eternos ejemplares: en él están juntamente la anchura de la mar, la gala de los campos, las armonías de los globos, las pompas de los mundos, el esplendor de los astros, las magnificencias de los cielos. Allí está la medida, el peso y número de todas las cosas, y todas las cosas salieron de allí con número, peso y medida. Allí están las leyes inviolables y altísimas de todos los seres, y cada cual está bajo el imperio de la suya. Todo lo que vive encuentra allí las leyes de la vida; todo lo que vegeta, las leyes de la vegetacion: todo lo que se mueve, las leyes del movimiento; todo lo que tiene sentido, la lei de las sensaciones; todo lo que tiene inteligencia, la lei de los entendimientos; todo lo que tiene libertad, la lei de las voluntades. De esta manera puede afirmarse, sin caer en el panteismo, que todas las cosas están en Dios, y que Dios está en todas las cosas."

"Esto sirve para explicar por qué causa al compás mismo con que se disminuye la fe, se disminuyen las verdades en el mundo; y por qué causa la sociedad que vuelve la espalda á Dios, ve ennegrecerse de súbito con aterradora oscuridad todos sus horizontes. Por esta razon la religion ha sido considerada por todos los hombres, y en todos los tiempos, como el fundamento indestructible de las sociedades humanas."



"Posee la verdad política el que conoce las leyes á que están sujetos los gobiernos; posee la verdad social el que conoce las leyes á que están sujetas las sociedades humanas: conoce estas leyes el que conoce á Dios; conoce á Dios el que oye lo que él afirma de sí, y cree lo mismo que oye. La teología es la ciencia que tiene por objeto esas afirmaciones. De donde se sigue, que toda afirmacion relativa á la sociedad ó al gobierno, supone una afirmacion relativa á Dios, ó lo que es lo mismo, que toda verdad política ó social se convierte forzosamente en una verdad teológica."

"Si todo se explica en Dios y por Dios, y la teología es la ciencia de Dios, en quien y por quien todo se explica, la teología es la ciencia de todo. Si lo es, no hai nada fuera de esa ciencia, que no tiene plural; porque el todo, que es su asunto, no lo tiene." [1]

Estas profundas observaciones del célebre publicista que acabamos de citar, son sin duda la mas exacta y bella demostracion que pudiéramos apetecer para justificar nuestro concepto sobre el rango de la teología dogmática en la esfera de las ciencias.

Mas no queremos discurrir mas á este propósito, porque nuestro libro no es un curso de teología, sino una exposicion vulgar de las verdades que enseña.

Si al hablar sobre el sentido histórico, sicológico, moral y social de la primera palabra del Símbolo, hemos venido hasta la ciencia del credo, es para hacer sensible la filiacion de las ideas, y para que su simple naturaleza sirva de apoyo al comun de los creyentes, para confundir con el magnífico aparato de su creencia todos los ridículos sistemas filosóficos, y acallar todas las necias declamaciones de los discurridores impíos.

1 *Juan Donoso Cortéz.* Ensayo sobre el catolicismo, el liberalismo y el socialismo, considerados en sus principios fundamentales. Lib. 1.°, cap. 1.°, pág. 6.